

**HAGASE
CABALLERO
DEL AIRE**

Oscar Arango

Para Isabella.
Para Mateo.

LA CRISALIDA

El mes de Agosto siempre llegaba a mi ciudad acompañado por fuertes ventarrones; el aire formaba fuertes remolinos sobre la arena levantado el polvo o cualquier objeto liviano que se encontrase en su camino. Cuando esto ocurría, los infantes que estábamos cerca al fenómeno corríamos a meternos en el centro del pequeño tornado; algunas veces la fuerza del viento era tan fuerte que sentía que en cualquier momento sería levantado del suelo. El aire golpeaba mi cara con fuerza, cerraba mis ojos esperando que el “diablito” como llamábamos a esta aparición, se disipase.

El invisible poder del viento era un absoluto misterio para mi infantil entendimiento, como lo era el hecho de que un objeto pudiese estar suspendido en el aire sostenido por brazos invisibles más poderosos que la fuerza de gravedad; la palabra “aerodinámica” no existía en mi base de datos cerebral, si la hubiese oído pronunciar, nunca habría sabido en ese momento el significado de ésta.

Esta época del año era bastante especial. Desde la primera semana del mes, durante las tardes, el cielo de mi vecindario se cubría de figuras

geométricas multicolores, rombos, cuadros, octágonos o estrellas, halados desde la tierra por un hilo casi invisible. ¡La temporada de las cometas había llegado!

Casi como un rito, un gran número de niños y muchos adultos la esperábamos este mes con ansiedad.

La fabricación de estos papalotes era un trabajo manual artesanal que requería no poca labor, además de una especial destreza para que la cometa contase con el perfil aerodinámico necesario para poder volar.

Innumerables concursos se realizaban todos los fines de semana en aras de la recreación familiar retando la creatividad y aptitudes de diseño de cualquier persona que quisiese participar.

La cometa más grande o más pequeña, la más original, la que volara más alto, eran los tópicos exigidos por los organizadores de estos eventos. Decenas de participantes acudían, aunque el premio era uno solo: una pequeña copa con un papalote dorado impreso en su superficie. La habilidad para maniobrar estos aparatos voladores era uno de los factores esenciales para llevarse el trofeo.

El día transcurría en forma pintoresca en medio de los amigos y vecinos, a las seis de la tarde el jurado después de una difícil decisión asignaba el ganador con su cometa. La copa se entregaba con gran ceremonia, se tomaban muchas fotos; el reconocimiento del diario local al día siguiente para el triunfador se podía tomar como parte del premio.

Concurrían participantes de todas las edades, algunos personajes eran bien conocidos en este medio “cometonáutico”; durante varios años habían participado en estos torneos, la sofisticación de sus diseños sumado a la diversidad de materiales utilizados para fabricar estos artefactos voladores convertían a estos juguetes en objetos increíbles.

Una figura muy notable, siempre presente cada Agosto, era un señor muy elegante con un parche en su ojo derecho, aunque caminaba rápido y con paso firme siempre se ayudaba de un bastón; lucía unos sombreros bastante diferentes a la usanza del común de la gente, su hablar era pausado acompañado de un acento bastante pronunciado que delataba su origen foráneo, pero

su vocalización era siempre clara. Utilizaba palabras sofisticadas, siempre miraba con su único ojo a los ojos de su interlocutor, sus palabras y la seguridad de su tono de voz imprimían un sello de verdad a todo lo que decía.

Siempre estaba presente en todos los eventos sociales y religiosos, asistía a la iglesia los domingos en la mañana con su esposa y sus dos hijos siempre vestidos con gran elegancia, llegaban más temprano y se sentaban en la primera fila. Sus vistosos atuendos eran comentario obligado después de la ceremonia. Su camisa impecable, corbatín, zapatos brillantes, toda la familia usaba guantes blancos. Su hijo vestía pantalones cortos, su esposa e hija vestidos largos. La familia sentada en la primera banca de la iglesia se asemejaba a un retrato costumbrista de algún otro país para mi desconocido.

Con frecuencia se burlaban de ellos aún en su presencia, pero ningún miembro de esta familia prestaba atención en absoluto; ni siquiera con un gesto respondían a estas afrentas.

Durante la epístola, el sacerdote oficiador de la misa solicitaba que algún feligrés le ayudase a recoger la limosna; sin pensarlo dos veces él se

levantaba con su hijo para llevar a cabo esta labor.

Durante el transcurso de los años esta familia se había ganado el respeto de toda la comunidad. Sus hijos siempre ocuparon los primeros lugares en rendimiento académico en los colegios a los que asistían.

Aproximándose la navidad, el jefe de esta familia construía un pesebre móvil detrás de la ventana principal de su casa; el desfile de curiosos por esta calle todos los diciembres era interminable.

Este señor tenía diversos apodos tales como el Húngaro, el Barón o de manera despectiva el Tuerto. Nadie se atrevía a llamarlo de estas formas en su presencia.

Esta familia rompía todos los paradigmas impuestos por la sociedad de la época tras cientos de años de infundida cultura española de la colonia.

Sus hijos trabajaban los sábados prestando servicios poco comunes en esos días, la niña paseaba perros y cuidaba niños pequeños, el muchacho acompañaba a las señoras a la plaza de mercado (los supermercados no existían) y en un

carro de balineras bastante lujoso distinto a cualquier otra “zorra”, como se llamaba a este juguete en mi región, transportaba la pesada canasta después de las compras hasta la casa de sus clientes. Siempre los vi muy bien vestidos realizando estas labores. Todo el día Sábado se les veía pasar por las calles de mi barrio a estos infantes de más o menos 11 y 12 años de edad. Uno empujando la zorra y la niña siendo halada por un perro diferente cada vez.

Todo el vecindario se preguntaba por qué su padre permitía que sus hijos efectuaran estas labores consideradas indignantes, ya que los hijos de una familia de bien en esa época no deberían realizar ningún tipo de trabajo. Como reza el sabio refrán popular “Pueblo pequeño infierno grande”, las variadas versiones mal intencionadas no se dejaron esperar: una de ellas era que el Húngaro estaba explotando a sus hijos y vivía de ellos. La familia continuó inmutable ante la chismografía reinante con su peculiar manera de vivir.

El señor Asaf como era su nombre, se ofrecía de forma voluntaria para servir a su comunidad,

según mi padre comentaba, nunca aceptaba ni exigía ningún dinero a cambio.

Era muy común verlo barriendo el frente de su casa, reparando la antena de televisión de algún vecino, arreglando un jardín o sembrando plantas en el parque.

Un Domingo al comienzo de la temporada de las cometas al medio día, Envic su hijo, llegó al parque montando una flamante bicicleta importada que fue la sensación de todos los infantes presentes. Un gran círculo de pequeños lo rodeó con el fin de observar el objeto con gran admiración y envidia infantil.

Todos le preguntábamos quién se la había regalado. Que de dónde la había traído. Que por qué ese regalo tan caro y tan bonito. Que si la prestaba? Su respuesta fue muy sencilla y clara: “Nadie me la regaló, yo la compré” añadió. De dónde obtuvo el dinero fue la pregunta casi en coro de todos los presentes. Su respuesta fue igual de sencilla: “He trabajado durante 14 meses para poder comprarla, hace dos semanas completé el dinero”. Nos quedamos mudos ante su respuesta. De inmediato fui a contarle esto a

mis padres quienes se encontraban con todos mis hermanos en el parque.

Ese mismo día se abría el primer concurso de cometas. El señor Asaf como siempre, se encontraba allí con su elegante vestimenta deportiva, la cometa que traía para la competencia era gloriosa. Un romboide tridimensional que nadie imaginó se pudiese fabricar; ninguna persona hubiese pensado que este objeto volaría a no ser por la presencia y reputación de su creador allí presente al frente del juguete. Por supuesto fue el ganador del torneo ese día; la cometa más original, fuera de esto volaba de manera majestuosa.

Durante la competencia le pedí a mi padre que me mandara a fabricar una cometa, que por favor hablara con el Señor Asaf para este fin.

Mi padre accedió con una condición: "Hijo, ve tú, habla con él y explicale lo que quieres"; en medio de mi timidez no me sentía capaz de hacerlo; decidí acudir a Envic.

Después de la premiación y las fotos Envic me presentó ante su padre de una manera bastante ceremonial; con voz trémula le describí mis

intenciones y que mi padre pagaría por el trabajo. Su respuesta fue muy dulce y sincera: “Tu padre nada tiene que pagarme”. ¿"Qué clase de cometa quieres?" Quiero una estrella, respondí. “O.K. Yo te voy a enseñar cómo diseñar y fabricar la estrella, de manera que en el futuro cuando quieras una cometa no tienes que pedírsela a nadie, tú mismo la haces”.

Mis padres quienes me observaban desde la distancia, de inmediato se acercaron; mi motivación era evidente, las palabras se me atoraron en las cuerdas vocales para explicarle a mi papá la respuesta del señor Asaf.

En el instante él se presentó ante mi progenitor y con un gesto reverente intervino: “Claro está, si usted lo aprueba”. Mis padres asintieron de una forma emotiva, ante esto el señor Asaf prosiguió: “Entonces muchacho, el próximo Domingo te espero en mi casa a las nueve de la mañana”; yo lo interrumpí con mi afán infantil bastante emocionado diciendole que yo quería la cometa hoy; él respondió: “Primero tienes que conseguir los materiales, hoy no es posible”. “Entonces mañana”, asentí. “Mañana tienes que estudiar,